

**La Conciencia Intersubjetiva y el Reconocimiento Existencial. Un
Aporte de la Psicología a la Teoría del Reconocimiento de Axel Honneth.**

Manuel Alejandro Vélez Trujillo

Asesores: Juan David Piñeres Sus.

Doctor. en Educación

Liliana Chaves Castaño

Magister en Psicología

Artículo derivado de proyecto de Investigación para optar al título de:

Psicólogo

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Psicología

Medellín

2015

**La Conciencia Intersubjetiva y el Reconocimiento Existencial. Un Aporte de la
Psicología a la Teoría del Reconocimiento de Axel Honneth.**

**The Intersubjective Consciousness and the Existential Recognition. A Contribution
of the Psychology to the Theory of Recognition of Axel Honneth.**

**Manuel Vélez, miembro del Grupo de Investigación en Psicología Cognitiva,
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia.**

Título Corrido: La Conciencia Intersubjetiva y el Reconocimiento Existencial.

Resumen

Axel Honneth ha pretendido explicar, por medio del concepto de *reconocimiento*, el desarrollo moral de los individuos y de las sociedades a partir de una sustancial intersubjetividad. Cierta parte de la teoría del reconocimiento ha propuesto una preeminencia genética del reconocimiento sobre el conocimiento; conceptualización soportada en precondiciones ontogenéticas que permiten a los seres humanos desarrollar una relación de reconocimiento recíproco con sus pares intersubjetivos, conocer el mundo natural gracias a la interacción con los otros y consolidar una identidad propia desde del intercambio social. A tales características antropológicas se las ha llamado *reconocimiento existencial*. Empero, en su teoría del reconocimiento existencial Honneth parte de premisas solitarias del hombre que contradicen sus propios postulados intersubjetivos. Por ello, la psicología del desarrollo, por medio del concepto de *conciencia*, puede clarificar el desarrollo del reconocimiento como un momento previo al conocimiento del mundo social, del mundo natural y de la formación de la identidad, teniendo como fundamento la condición social del hombre, tal como lo muestran la teoría psicológica de la conciencia y la investigación contemporánea sobre la teoría de la mente.

Palabras clave: conciencia, condición social, desarrollo infantil, intersubjetividad, reconocimiento.

Abstract

Axel Honneth has attempted to explain, through the concept of *recognition*, the moral development of individuals and societies from a substantial intersubjectivity. Certain part of the theory of recognition has proposed a genetic preeminence of the recognition over the knowledge; conceptualization supported on ontogenetic preconditions that permit humans beings to develop a relationship of reciprocal recognition with their intersubjective pairs, the knowledge of the natural world due to the interaction with others and the consolidation of the self-identity result of the social exchange. Such anthropological characteristics have been called *existential recognition*. However, Honneth in his theory of the existential recognition, starts from man's solitary premises which contradict his owns intersubjective postulates. Thus, the developmental psychology, through the concept of *consciousness*, can clarify the development of the recognition as a previous moment to the knowledge of the social world, the natural world and the formation of the identity, having as a foundation the social condition of man, as shown in the psychological theory of the consciousness and the contemporary research about the theory of mind.

Key words: consciousness, social condition, child development, intersubjectivity, recognition

El concepto de *reconocimiento* es propio de la tradición hegeliana, y se ha analizado como un término clave en los “proyectos de sistema” que formuló Hegel (2002) antes de la *Fenomenología del espíritu*, y que se consolidó bajo el complejo categorial de *lucha por el reconocimiento*¹. En la actualidad, se han publicado trabajos que lo retoman para estudios interesados en el análisis de los movimientos sociales y de los grupos étnicos (Fraser, 1997; Taylor, 2009), estudios culturales (Butler, 2006), estudios filosóficos y sociológicos (Giusti 2007; Honneth, 1992/1997, 2005/2007; Rendón, 2010) y para teorizar la historia de la psicología (Kaulino, 2014) Este artículo retoma parte de la conceptualización sobre la *teoría del reconocimiento* realizada por Axel Honneth. El autor propone una preeminencia genética del reconocimiento sobre el conocimiento, conceptualizando el primero como una relación fundamentalmente afectiva. Si bien en este lugar se acepta la tesis de una preeminencia genética del reconocimiento, consideramos que la propuesta del filósofo debe ser completada con una teoría intersubjetiva de la evolución y del desarrollo de la conciencia; es decir, las formulaciones filosóficas requieren del aporte de las categorías teórico-empíricas propias de la investigación psicológica.

Como bien diferenció Basaure (2011), en la teoría de Honneth el reconocimiento se entiende como una categoría unificada que, a su vez, puede ser comprendida de dos formas de acuerdo con el ámbito de su aplicación. Por un lado, se encuentra el *reconocimiento recíproco* en cuyo caso se estudia el desarrollo dialéctico del individuo y de la sociedad a partir de una ampliación de las esferas de reconocimiento y de las formas de la autorrealización personal, por lo que el reconocimiento actúa como un concepto moral y remite a algo que el individuo, debido a las experiencias de desprecio, aprende de sí mismo en la interacción social (Pereira, 2010). Honneth (2009a) ha dicho que el reconocimiento recíproco no es sólo un patrón práctico de la socialización de los seres humanos sino que, además y mediante una escala de luchas sociales, dicho patrón contiene el potencial normativo para el desarrollo (moral) de la sociedad. En otras palabras, a través de una serie continuada de luchas por el reconocimiento, los sujetos son capaces de superar sus conflictos intersubjetivos y el consecuente daño moral producido cuando, al no ser confirmados en su identidad por sus compañeros de interacción y por las instituciones sociales, han experimentado sentimientos negativos de desprecio social. Un reconocimiento logrado por los sujetos sería, a la vez, el indicador de su realización práctica y del desarrollo moral de la sociedad. Existe pues un nexo normativo entre las experiencias de desprecio y la evolución estructural de la sociedad. Esto significa que la categoría del reconocimiento recíproco toma su contenido de las demandas por el reconocimiento de los colectivos y movimientos sociales. Esta primera determinación del concepto introducida por

Basaure (2011) indica que, para Honneth (1992/1997, 2009a, 2009b), el reconocimiento es el *leitmotiv* del progreso moral de la sociedad.

Por otro lado, se encuentra la categoría de *reconocimiento existencial*; en este caso se enfatiza en una base ontológico-social que, al constituirse como precondition antropológica, permite a los niños desarrollar tanto un comportamiento de reconocimiento recíproco y de autorrealización individual como un conocer objetivador del mundo. A diferencia de lo que ocurre con el reconocimiento recíproco, en el reconocimiento existencial no entran aún en juego las experiencias de desprecio por las cuales se les niega a las personas la aquiescencia de la comunidad, puesto que sólo a partir de la diferenciación de formas de reconocimiento alcanzadas históricamente por las sociedades modernas democráticas se pueden considerar las esferas de reconocimiento social como condiciones comunicativas de una acertada formación de identidad. No hay duda de la potencia explicativa que posee la teoría del reconocimiento cuando se interesa en temáticas socio-políticas; sin embargo, la forma como se desarrollan las sociedades modernas a través de la ampliación de las esferas de reconocimiento se soporta en una base ontológico-social que debe ser analizada. Por esta razón, este artículo se concentra en el reconocimiento existencial en tanto que es el presupuesto para el desarrollo del reconocimiento recíproco.

A continuación se presenta lo que Honneth, según Basaure (2011), llama reconocimiento existencial; de igual modo se identifica la preeminencia genética del reconocimiento con el concepto psicológico de conciencia (1); tras esta tentativa equiparación terminológica, se analiza cómo las teorías de Humphrey y de Vygotski se complementan entre sí y explican la evolución de la conciencia a partir de una concepción intersubjetiva (2). Luego de argumentar que su evolución se debe a la condición social del hombre, se pasa a teorizar el desarrollo ontogenético de la conciencia, y, por tanto, de la preeminencia genética del reconocimiento existencial a través de una propuesta intersubjetiva (3).

1. La Preeminencia del Reconocimiento Existencial

Honneth (1992/1997) ha tomado el concepto de *reconocimiento* y lo ha empleado para teorizar el desarrollo normativo de la sociedad. Últimamente ha acudido a la psicología infantil y ha buscado, por medio de dicho concepto, explicar el desarrollo ontogenético de la socialización, del acceso cognitivo al mundo natural y del conocimiento que tiene el individuo sobre sí mismo. En relación con estos tres aspectos, Honneth (2005/2007) propone que se encuentran precedidos genéticamente por el reconocimiento existencial.

Respecto a la preeminencia genética del reconocimiento en la relación social, Honneth acude a la psicología del desarrollo. En un primer momento, el niño es egocéntrico y centrado en su propia visión del mundo. Tras alcanzar los 9 meses de edad, el infante se identifica con su persona de referencia y desarrolla la habilidad de triangular una relación entre él, el par intersubjetivo y un objeto, lo que le permite ponerse en la perspectiva del otro. Tal identificación es definida por Honneth como un “sentimiento de unión”, (2005/2007, p. 65) al que denomina reconocimiento. Además, dicha identificación se complementa de una imitación que el infante realiza del cuidador y por medio de la cual “Un hombre se vuelve hombre, [a saber] un ser con intelecto” (Honneth, 2005/2007, 68-69). Tras establecer las primeras relaciones comunicativas comienza un proceso de “descentralización” en el desarrollo (Honneth, 2005/2007, p. 63), a través del cual el infante concibe a la persona de referencia como un actor intencional que tiene una perspectiva del mundo distinta a la propia. Por otro lado, la socialización se deriva del reconocimiento que la antecede. Este conocimiento social consiste en la percepción de los demás como “actor[es] intencional[es] cuya actitud frente al mundo circundante también está dirigida a un objetivo” (Honneth, 2005/2007, p. 64). El conocimiento de los compañeros de interacción se conceptualiza como *toma de perspectiva participativa* (intencional o comunicativa), capacidad por la que el ser humano comparte con sus compañeros de interacción poniéndose en sus perspectivas, comprendiendo que las acciones de ellos se encuentran motivadas por “deseos, actitudes y reflexiones” (Honneth, 2005/2007, p. 48).

En cuanto al reconocimiento en la relación del hombre con la naturaleza, Honneth remite a una consideración adorniana por medio de la que teoriza que el acceso cognitivo al mundo objetivo es posible gracias a la identificación con la persona de referencia. El niño, por un lado, separa las actitudes que las personas tienen de los objetos y logra verlos como entidades independientes; pero por otro lado, conserva en su memoria la “perspectiva de la persona amada” (Honneth, 2005/2007, p. 101), considerándola como un aspecto más del objeto cuando ya lo concibe de forma despersonalizada. De esta manera, la relación de reconocimiento con el mundo natural remite a la consideración de los objetos en relación con la significación que las personas les han otorgado; el reconocimiento previo consiste así en respetar el significado que los objetos tienen para los compañeros de interacción. En efecto, el reconocimiento existencial del mundo natural relacionado con la significación que le han dado las personas implica una extensión del reconocimiento intersubjetivo, pues un reconocimiento social correcto supone que los objetos naturales sean considerados en la “multiplicidad de significados existenciales para las personas que nos rodean y para nosotros mismos” (Honneth, 2005/2007, p. 104). En consecuencia, el reconocimiento de la naturaleza sólo puede darse de forma indirecta, como un “desvío del reconocimiento intersubjetivo” (Honneth, 2005/2007, p. 101).

Por último, cuando Honneth acentúa la preeminencia del reconocimiento sobre el conocimiento en la relación del hombre consigo mismo no acude a premisas ontogenéticas. Más bien, realiza una interpretación conceptual sobre cómo debe entenderse una adecuada relación consigo mismo teniendo como punto de referencia y de crítica ciertas perspectivas actuales que se interesan por la manera como los individuos tienen acceso a sus propios estados mentales y afectivos. En un momento inicial, discute con una postura llamada detectivesca, punto de vista que supone al sujeto como alguien que tiene un saber privilegiado de su interior. Bajo este postulado, las sensaciones y los deseos que un sujeto busca en sí mismo existen de una forma claramente delineada antes de que él los pesquise en su conciencia. Posteriormente, Honneth discute con la perspectiva constructivista, la cual supone que el sujeto volitivamente es capaz de formar el contenido de sus estados mentales internos. Ahora bien, al tiempo que ve errores en ambas perspectivas y al compararlas con lo que él considera la forma correcta de una relación consigo mismo, deduce como contraparte las características de dicha relación de reconocimiento. En primer lugar, considera que los estados internos son de tinte difuso, “altamente indeterminado” (Honneth, 2005/2007, p. 114), que, para su conocimiento, necesitan de una actividad adicional que delimite los contenidos de dichos estados. En segundo lugar, los estados internos también se presentan como “acaecimientos (...) a los que estamos entregados pasivamente antes de que obtengamos respecto de ellos un cierto margen de actividad interpretativa” (Honneth, 2005/2007, p. 117-118). Por su parte, el conocimiento consiste en que, posteriormente, el sujeto pueda darles el contenido a dichos estados por medio de una delimitación, y, a su vez, pueda interpretarlos a través del lenguaje, siempre teniendo en cuenta que no podrá ni fijarlos ni comprenderlos completamente.

La teoría de la preeminencia genética del reconocimiento requiere del aporte de la psicología para conocer las capacidades que se desarrollan en la primera infancia, las que explican cómo un niño logra configurar su identidad a partir de la interacción social y conocer el mundo objetivamente. En términos psicológicos, la conciencia se ha investigado en su interacción con la socialización, y ha sido la piedra angular de la teorización sobre el conocimiento objetivo del mundo y de sí mismo. Pues ella, por un lado, hace posible que un sujeto pueda comportarse hábilmente en el ámbito social y, al mismo tiempo, que se sepa individualizado dentro del entramado intersubjetivo; por el otro lado, hace que el individuo se distancie del objeto, al que puede conocer diferenciándose de él. Es decir, el conocimiento objetivo del mundo sólo es posible cuando el sujeto ha estado previamente implicado con el mundo. Así pues, dilucidando el desarrollo de la conciencia se comprendería al mismo tiempo la preeminencia genética del reconocimiento existencial. En pro de la coherencia con la teoría honnetiana del reconocimiento recíproco, y pensando en la equiparación entre conciencia y

reconocimiento existencial, se necesita de una teoría capaz de explicar la conciencia a partir de una sólida base intersubjetiva; esto quiere decir que el escalón inicial de una teoría que se ha caracterizado por suponer una interdependencia fundamental entre los seres humanos debe soportarse en presupuestos ontológico-sociales claramente intersubjetivos. De lo contrario, el reconocimiento pasaría a entenderse como un logro posterior y carente de fundamentos existenciales y ontogenéticos.

Honneth ha indicado que, cuando se encontraba en Jena, Hegel se sabía influenciado por la antigua concepción antropológica contenida en la expresión “*zoon politikon*” (Aristóteles, *trad.* 2005), en cuyo significado se expresa que en el hombre se encuentran “depositados, como un sustrato, los rasgos comunitarios que en la Polis logran pleno desarrollo” (Honneth, 1992/1997, p. 25). Por ello, Honneth otorga una importancia central a la intersubjetividad para la realización de dichos rasgos sociales. El concepto griego de hombre lejos se encuentra de predicar que los individuos son sujetos aislados a los que luego, y desde fuera, se les añade la constitución social.

En la psicología el actual resurgimiento histórico del estudio sobre la conciencia iniciado por el influyente trabajo de Humphrey, ha reconquistado la perspectiva social que desarrolló Vygotski cincuenta años antes. Ahora bien, si la teoría del reconocimiento recíproco de Honneth se soporta en la tesis de la interdependencia social de los individuos, la conciencia, como la base sobre la que se desarrolla la confirmación social de la propia identidad de los sujetos y el conocimiento diferenciado del mundo natural, ha de pensarse a partir de su enraizamiento en alguna forma de interacción social. Antes de centrarnos en el desarrollo ontogenético de la conciencia, y por tanto de la preeminencia genética del reconocimiento existencial, se considerará una posible explicación evolutiva intersubjetiva de la conciencia, para articular los postulados evolutivos del ser humano con las premisas del desarrollo infantil.

2. La Evolución de la Cognición Humana

La teoría de la evolución de la cognición humana recibió en 1976 y 1977 dos tesis novedosas que han marcado a la psicología hasta la actualidad. La primera remite a la evolución de la inteligencia. Humphrey afirma cómo la compleja inteligencia de los seres humanos se debe a la presión social selectiva ejercida por la “transacción” (1976/1987, p. 27-28) entre los miembros del grupo, conformado por múltiples relaciones intersubjetivas (Mondragón-Ceballos, 2002). En una interacción social, los sujetos son inteligentes y reactivos, lo que implica que cada uno de ellos planifica tanto sus comportamientos como los de los otros, desarrollando considerables habilidades superiores de entendimiento y de previsión social. Ahora bien, cuando la comunidad ha alcanzado una vasta complejidad y existe una correlación entre el empleo social

del intelecto, el triunfo social y una mayor probabilidad de reproducción, cualquier rasgo hereditario que eleve la capacidad intelectual de los individuos se transmite por la vía genética, produciéndose un trinquete evolutivo que aumenta el intelecto general de la especie. El concepto que engloba las características descritas es el de *inteligencia social*. Aunque evolucionó tras las exigencias locales generadas por relaciones intersubjetivas, dicha inteligencia se generalizó e influyó en múltiples ámbitos de actuación humana (Bjorklund y Kipp Harnisfeger, 1995, 2002; Chaves, 2011). Cabe señalar que entre los comportamientos humanos que se vieron influenciados por la evolución de la inteligencia social está el conocimiento de fenómenos naturales.

El ser social que caracteriza la naturaleza humana y la función social de su intelecto ameritan un conocimiento específico de su ambiente que necesita de una forma de conocer determinada, de una mente (Chaves, 2011). La evolución de la inteligencia social ha producido, en la historia evolutiva, mentes calculadoras adaptadas al tipo de ambiente que han de conocer para su supervivencia. La cognición humana, para adaptarse a la cultura, ameritó la evolución de tipos específicos de “*conceptos (...), cálculos de lógica (...), leyes de causación*” (Humphrey 1977/1987, p. 35), procesos cognitivos por los que se conoce tanto el mundo intersubjetivo como el mundo natural (Bjorklund y Kipp Harnisfeger 1995, 2002).

Ahora bien, la inteligencia social, en su ámbito originario, remite a una interacción entre sujetos que deben saberse a sí mismos y a los otros como seres inteligentes, para luego comportarse de forma previsiva. La tesis de Humphrey consiste en que la cognición superior humana es efecto ciego de la condición social del hombre. De ella puede extraerse un principio general: antes que toda evolución de una capacidad cognitiva de “primer orden” o de “alto nivel” se encuentra una interacción social sustancial (Humphrey, 1976/1987, p. 28; 1992/1995, p. 20; 1995/2000, p. 186)².

Por otro lado, la teoría que desarrolla Humphrey en relación con la evolución de la conciencia se encuentra estrechamente vinculada con la evolución de la inteligencia social. Es un hecho que, en sus trabajos, Humphrey haya enfatizado en la condición privada y subjetiva de la conciencia. Sin embargo, dicho interés en la particularidad o en concepto de *qualia* (Humphrey, 1992/1995) deja entrever una teoría que ampara la evolución de la conciencia a partir de la condición social del ser humano. Incluso, aquello que Humphrey denomina la función biológica de la conciencia es, fundamentalmente, de índole social. La conciencia permite al ser humano modelar la parte de la realidad necesaria para su supervivencia, es decir, al hombre mismo. Aquello que el ser humano comprende del ser humano, y que le es de utilidad en la adaptación a su realidad social, es que los comportamientos de los demás están motivados

por razones subjetivas, facilitándosele interpretarlos y predecirlos de forma habilidosa (Bjorklund y Kipp, 2002).

Humphrey denomina a la conciencia reflexiva como “conciencia introspectiva” (1977/1987, p. 39). Su teoría de la conciencia consiste en la importancia biológica de ella para que un ser social modele la realidad a la que debe adaptarse, es decir, la conducta de los sujetos con quienes interactúa. Humphrey explícitamente presenta una herencia de la teoría sociopolítica de Hobbes, que versa sobre el conocimiento que un ser humano tiene de los demás y de sí mismo. En la introducción al *Leviatán*, Hobbes realiza una interpretación del dicho “*léete a ti mismo*” (2011, p. 14). Reafirmando la semejanza entre los pensamientos y las pasiones de los hombres, señala que cuando un ser humano mira dentro de sí y valora lo que hace al pensar, temer, opinar, esperar, razonar, etc., está conociendo al mismo tiempo los pensamientos y las pasiones de todos los otros hombres en circunstancias semejantes. Bajo su argumento, leer las intenciones de los demás a través de sus acciones, sin establecerse a sí mismo como punto de comparación, es una actividad de desciframiento carente de una “clave” (Hobbes, 2011, p. 14). Teniendo en cuenta dicha herencia teórica, Humphrey afirma que el hombre obtiene ese modelo del otro de forma indirecta a través de un conocimiento de sí mismo logrado por medio de la “*introspección*” (1977/1987, p. 35; 1995/2000, p. 187). El ser humano se autoobserva de una manera a la que tiene acceso de forma privada y, autorreflexionando, se sabe consciente de las razones que motivan su conducta. A partir de tal conciencia de sí, el hombre razona por analogía que los demás sujetos con los que interactúa son como él, que actúan bajo sus mismos principios. A los otros se les atribuyen motivos subjetivos a partir de una proyección del autoconocimiento del propio contenido de la conciencia. Incluso sugiere cómo, al atribuirle una intencionalidad a los objetos del mundo, la conciencia de saberse motivado por razones internas es una herramienta de pensamiento muy útil para comprender el mundo físico. Esta habilidad de los seres humanos para ser psicólogos naturales, aunque comience desde un proceso de autoconocimiento que se proyecta en los demás, descansa en el entramado intersubjetivo que favoreció la evolución de la conciencia. Humphrey afirma que la conciencia es lo “más peculiar y refinado en la evolución de la mente humana” (1983/1987a, p. 16), tesis que se incluye dentro de la premisa de que previo a toda cognición superior se encuentra una condición intersubjetiva. Sin embargo, las novedosas afirmaciones del psicólogo inglés se encuentran completadas cuando, retrospectivamente, se analiza la obra de Lev Vygotski, psicólogo que soportó las funciones psíquicas superiores en la naturaleza social del hombre.

En 1931 Vigotski publica la tesis de que la condición social del hombre es la base desde la cual se debe pensar la *Historia del Desarrollo de las Funciones Psíquicas Superiores* (1931/1995, p. 84). Sin embargo, dicho presupuesto socio-antropológico ya se encuentra

desarrollado desde sus primeros escritos, los que incluso se enfocan en teorizaciones de funciones psíquicas específicas.

En un texto de 1925 dedicado a la conciencia, inicialmente Vygotski refuta a la reflexología —primera forma histórica del conductismo— al considerarla una ciencia incapaz de explicar el comportamiento humano, señalándole su imposibilidad para dar cuenta de él sin acudir a la conciencia: “el comportamiento del individuo está organizado de forma que son justamente los movimientos internos (...) los que le orientan y dirigen.” (1925/1997, p. 40). Así pues, con Vygotski se afirma cómo la conciencia humana se caracteriza por ser una función psíquica superior que motiva el comportamiento exterior de los seres humanos. Además, Vygotski señala que una teoría de la conciencia debe explicar “la introspección [y] la naturaleza psicológica del conocimiento de otras conciencias” (1925/1997, p. 44).

En segundo lugar, la conciencia es explicada a partir de tres formas de la experiencia, que se suman a los reflejos innatos y a los adquiridos, encontrándose todas ellas amparadas en el presupuesto del ser humano como ser social (Vygotski, 1931/1995). La primera forma de la experiencia es *histórica*, que influye en el comportamiento de los seres humanos actuales. Un ejemplo de ella es el trabajo, actividad que no se transmite por vía genética sino que se transfiere históricamente. La segunda forma de la experiencia es denominada *social*, que consta de la experiencia compartida con los compañeros de interacción. Por último se encuentra la experiencia *duplicada*. Vygotski retoma la tesis marxiana de que el ser humano ya tiene en su mente aquello que se duplicará o repetirá en el comportamiento.

A diferencia de las experiencias histórica y social, la experiencia duplicada parece solitaria; sin embargo, es igual de social a ellas. No obstante, su condición varía en tanto que implica una dialéctica que puede denominarse, por un lado, como la de un *individuo socializado* y, por el otro, como una *socialización del individuo*. Primero, un sujeto se comporta motivado por un móvil interno, ello produce una conducta que actúa como excitante y que activa en los compañeros de interacción un comportamiento determinado. Siendo el medio del ser humano característicamente social, todo comportamiento aparentemente individual expresa realmente un comportamiento intersubjetivo. Segundo, como el comportamiento del individuo es una duplicación de aquello que tiene en su mente, un comportamiento exterior es un efecto de un excitante interno y, al tiempo, dicho comportamiento es un excitante externo de receptores internos del individuo; en otras palabras, el comportamiento externo del individuo actúa sobre él como si se tratara de un acto realizado por otro sujeto. El nombre con el que Vygotski denomina este juego social compartido e individual es el de reflejo reversible (1925/1997, pp. 56-58). Los reflejos reversibles se caracterizan por ser sociales. El comportamiento social y la

conciencia, por tanto, se deben a que los comportamientos de los seres humanos son al mismo tiempo reflejos y excitantes de las conductas de los demás y de las conductas propias, es decir, el mecanismo que permite el conocimiento de los otros y de sí mismo es el mismo. La dialéctica aquí propuesta por Vygotski desemboca en lo que él, en el lenguaje de su tiempo, denomina “la cuestión del <<yo>> ajeno, del conocimiento de la psique ajena” (1925/1997, p. 57). Desde el ensayo de Humphrey en 1976 hasta la actualidad, el concepto empleado para lo que ya teorizaba Vygotski por medio del concepto de conciencia es el de *Teoría de la mente*. En las teorías contemporáneas, el problema a resolver es el mismo que estudiaba el psicólogo ruso medio siglo antes: cómo se conoce la mente del otro y cómo la mente propia. La respuesta dada por él es, a nuestro ver, más precisa que la teoría formulada por Humphrey acerca de la modelación del comportamiento de los demás:

Tenemos conciencia de nosotros mismos porque la tenemos de los demás, porque nosotros mismos con respecto a nosotros mismos somos lo mismo que los demás con respecto a nosotros. Tengo conciencia de mí mismo sólo en la medida que para mí soy otro, es decir, porque puedo percibir otra vez los reflejos propios como nuevos excitantes (...).

(...). La vertiente individual se construye como derivada y secundaria sobre la base de lo social y según su modelo exacto. (Vygotski, 1925/1997, p. 57)

Así pues, la conciencia introspectiva, como producto de la intersubjetividad, es la forma como el individuo establece un “contacto consigo mismo” (Vygotski, 1925/1997, p. 58). Sin embargo, Vygotski claramente comprende dentro del concepto de conciencia tanto el conocimiento de los propios estados internos como los de los demás.

Ahora bien, y a modo de síntesis, las teorías de Humphrey y de Vygotski han desarrollado una postura que explica la evolución de la conciencia a partir de premisas intersubjetivas. Por un lado, Vygotski ha mostrado cómo las variantes de la conciencia de los demás y de la conciencia de sí provienen de un mismo mecanismo objetivo intersubjetivo; por su parte, Humphrey ha llevado a la inteligencia social y a la conciencia más allá del ámbito intersubjetivo, proponiendo que los seres humanos poseemos una mente que entiende el mundo físico modelándolo a partir de la comprensión del contexto social. De esta manera, la conciencia se encuentra vinculada con el estudio de la conciencia propia y de lo demás, y con el conocimiento del mundo natural. Aunque Vygotski considera una primacía del conocimiento del otro antes del conocimiento de sí mismo, en contraste con la teoría de la autocomprensión

formulada por Humphrey, ambas posturas proponen que la intersubjetividad funge como base de la conciencia humana.

3. Desarrollo Ontogenético de la Conciencia Intersubjetiva: Preeminencia Genética del Reconocimiento Existencial.

La postura intersubjetiva propuesta por Humphrey y Vygotski, introduce una variación interpretativa del desarrollo infantil de la conciencia, que se ha pensado como un proceso que pasa de un sujeto individual que, en sí mismo, se socializa, lo que supone la existencia de individuos solitarios que posteriormente son capaces de ponerse en una situación social (Tomasello, 2007). Este viro conceptual identifica la conciencia intersubjetiva con lo que se ha denominado teoría de la mente (Núñez y Rivière, 1994; Premack y Woodruff, 1978; Rivière, 1991). La teoría de la mente se compone de tres niveles: categorial, evolutivo y ontogenético. Teniendo en cuenta que ya se ha desarrollado el nivel evolutivo y parte del nivel categorial, se pasa a completar su caracterización conceptual para finalizar con un análisis del desarrollo ontogenético, especialmente en el desarrollo temprano de los seres humanos.

La teoría de la preeminencia genética del reconocimiento de Honneth (2005/2007) establece una diferenciación entre afecto e intencionalidad o acto comunicativo, nombrando el primero como reconocimiento y el segundo como conocimiento. Sin embargo, la teorización psicológica enmarca dentro del término de intencionalidad múltiples estados intencionales. Premack y Woodruff (1978) subsumen dentro de los conceptos *intención* o *propósito* los siguientes estados mentales: creencias, pensamientos, conocimientos, preferencias, suposiciones, dudas, mentiras, promesas y confianza. Por su parte, bajo el término *razones*, Humphrey (1977/1987; 1983/1987b) incluye varios tipos de *sentimientos subjetivos* o *motivos*: sensaciones, emociones, recuerdos, deseos, voliciones, falacia, engaño, egoísmo, mentira, amores, caridad, altruismo, caprichos, pasiones, pensamientos, opiniones, temores, esperanzas, querencias, humores, espanto, celos, aspiraciones, anhelos y carencias. En la actualidad, la variedad de estados intencionales se subsumen en tres categorías centrales: deseos, conocimientos y creencias (Carpenter, Akhtar y Tomasello, 1998). Las conceptualizaciones de Premack y Woodruff y de Humphrey —sustanciales y originales para la psicología contemporánea, pues hicieron época en esta disciplina³—comprenden dentro del concepto de intencionalidad una amplia multiplicidad de estados mentales o tipos de razones sin distanciarlos entre ellos por su naturaleza. Es posible, lingüísticamente, distinguir cuándo un estado afectivo, racional o de cualquier otro tipo motiva un comportamiento determinado; sin embargo, una delimitación tal no supone la exclusión de un tipo de motivo sobre los demás; más bien, remite a una definición entre ellos.

Pasando ahora hacia la temática de la ontogenia de la teoría de la mente, por medio de la cual el infante logra distinguir sus propios propósitos de los de los demás, tampoco se evidencia una primacía del afecto sobre la intencionalidad. En el desarrollo, los infantes toman una perspectiva intencional no diferenciada entre los diferentes tipos de motivos internos. Tomasello y colaboradores, amparados en el espontáneo comportamiento de los niños de ayudar a los otros, realizan una serie de experimentos con niños entre 12 y 18 meses, y muestran cómo ellos, ante los gestos de diferente índole dados por un experimentador desconocido, se comportan intencionalmente (Tomasello, 2010). A los 12 meses, los niños expresan una comprensión de los estados de conocimiento del experimentador, quien solicita ayuda por medio de gestos de desconocimiento y sorpresa, informándole por medio de la señalización el lugar en el que está el objeto que él desconoce (Liszkowski, Carpenter y Tomasello, 2008). Infantes de 16 meses exponen su habilidad de comprender cuándo un experimentador activa un objeto de manera intencional o de forma accidental. En este caso, el experimentador muestra, ante sus comportamientos intencionales o accidentales, una palabra con cierta entonación —“emotional signals” (Carpenter, et al., 1998, p. 318)— que indique su condición. Los infantes expresan su comprensión a través del intento de imitación de la acción intencional. Por último, a los 18 meses aplican la tarea de falsa creencia. En un primer momento, un experimentador emocionado ubica un juguete en una de las dos cajas dispuestas en la habitación experimental y sale de la habitación. Luego, un segundo experimentador cambia el juguete de caja, actuando de manera disimulada y riéndose pícaramente. Cuando el experimentador ausente retorna a la situación experimental, intenta abrir la caja en la que se encontraba el juguete, mas no lo logra. Tras ello, el experimentador se ubica en medio de ambas cajas realizando gestos de decepción, desconsuelo y resignación. La respuesta de los niños consistió en la apertura de la caja en la que el segundo experimentador había puesto el juguete (Buttelmann, Carpenter y Tomasello, 2009). En los tres casos, el comportamiento de los experimentadores comprende varios aspectos emocionales y cognitivos, lo que advierte que las ayudas dadas por los niños se deben a la comprensión intencional indiferenciada de las razones que motivan el comportamiento del experimentador. Por parte de la respuesta de los infantes, el comportamiento motriz es la constante en todos los experimentos. Acción que, aunque carezca de lenguaje, está dotada de intencionalidad o sentido social puesto que responde a una solicitud intersubjetiva no verbal emitida por el adulto.

La indistinción con la que el infante motrizmente comunica su intención a los otros no se mantiene indiferenciada debido a que la intencionalidad se encuentra en desarrollo. Tomasello (2007) advierte que cuando el infante ha adquirido el lenguaje verbal, la comprensión del otro como agente intencional se especifica, y pasa a considerarlo como un agente mental, un sujeto

que tiene creencias sobre el mundo que pueden diferir de las del pequeño. La indistinción de los estados intencionales comienza a diferenciarse en el desarrollo, permitiendo que el infante conozca cuáles estados mentales específicos motivan un comportamiento suyo o de los otros.

Honneth y Tomasello consideran que la edad aproximada en la que los niños logran percibir al otro como un actor intencional es a los 9 meses. En este momento del desarrollo, los infantes muestran una novedosa capacidad de comprensión del otro como un agente intencional; capacidad que hace al infante un ser social en sentido estricto, gracias al desarrollo de la atención conjunta y de la comprensión de sí mismo como agente intencional (Tomasello, 2007). Las investigaciones previamente descritas confirman la tesis de la “revolución del noveno meses” (Honneth, 2005/2007, p. 64; Tomasello, 2007, p. 83). A pesar de ello, el estudio de Hamlin, Wynn y Bloom (2007) evidencia cómo infantes de 6 meses, en una evaluación social o intencional, significativamente prefieren a un ayudante que a un obstaculizador; incluso privilegian a un agente neutral que a un obstaculizador. En una prueba computarizada, un escalador intentaba subir una colina sin lograrlo. En ocasiones aparecía el ayudante quien lo empujaba hasta su meta; otras veces estaba el obstaculizador impidiéndole que escalara la colina; y en otros ensayos, aparecía un agente neutro que no interactuaba con el escalador. La evaluación social realizada por los infantes de 6 meses implica que su preferencia por el ayudante supone la comprensión de la intención cooperativa que motiva el comportamiento social realizado por él.

De acuerdo con el hallazgo anterior, es problemático considerar que el infante sólo a los 9 meses ingresa a una situación triangular como afirman Honneth y Tomasello —puesto que los niños de seis meses eran espectadores de una interacción entre dos agentes, conformándose allí un triángulo social—; asimismo, es contradictorio suponer que a esta edad los infantes se hacen sujetos sociales si se acepta como un hecho la condición social del ser humano (Vygotski, 1931/1995) y se caracterizan como comportamientos estrictamente intersubjetivos la imitación y las protoconversaciones que caracterizan el comportamiento social de infante antes de los 9 meses (Meltzoff, 2002) —Honneth (2005/2007) considera que inicialmente el niño está en un momento egocéntrico del que, a la edad señalada, se logra un descentramiento de su perspectiva individual; Tomasello (2007) denota su premisa individual al considerar la ontogenia de la intencionalidad sólo a partir del desarrollo motriz y de la distinción de medios y fines comportamentales, y ambos comportamientos potencian que el niño se vuelva a sí mismo intencional, un sujeto que comprende socialmente en el sentido pleno del término; en otras palabras, el niño por sí solo y por sus propios medios pasa de ser un ser individual a convertirse en uno social—.

El reconocimiento existencial no puede considerarse, por tanto, a partir de una distinción temporal estable, porque la edad es sólo un punto de referencia mas no un criterio determinante del desarrollo infantil, además de considerarse la variación individual que presenta la ontogenia infantil (Hernández-Blasi, Bering y Bjorklund, 2003). Adicionalmente, suponer el reconocimiento existencial como una implicación afectiva previa a la perspectiva intencional, conduciría, por un lado, a esperar interminablemente a que la investigación precise más sus procedimientos para concluir cuál es la edad específica en la que los infantes comprenden al otro de modo intencional y, por el otro, dejaría a un lado que cuando en la disciplina psicológica se estudia la intencionalidad dentro del comportamiento humano, el eje fundamental en el cual se enmarca es en el intercambio social, entendiéndolo en sentido amplio, es decir, no limitando la intersubjetividad a un acto comunicativo lingüístico. Más bien, el desarrollo y el uso del lenguaje se incluyen dentro de la intencionalidad.

Asimismo, la separación entre reconocimiento y perspectiva intencional propuesta por Honneth (2005/2007), también parece diluirse por dos razones: (a) todos los experimentos indican que a una tierna edad, la mayoría de los infantes se identifican con otros desconocidos que no son personas de referencia amadas, y que sólo es necesario un corto periodo de familiarización entre ellos para que produzca una identificación, (b) la perspectiva intencional se caracteriza ontogenéticamente por su indiferenciación, con la que el infante actúa sin que pueda distinguirse cuál motivo produce la acción, y que los comportamientos que los otros realizan en pro de que el infante se comporte intencionalmente, combinan expresiones que suponen sentimientos subjetivos variados. La perspectiva intencional, de esta manera, no puede considerarse como propensa “al cognitivismo” (Honneth, 2005/2007, p. 64), porque tanto categorial como ontogenéticamente, se compone de una multiplicidad de motivos que sólo pueden diferenciarse después del desarrollo del lenguaje. El reconocimiento, en efecto, no debe buscar sus raíces genéticas en una implicación afectiva, puesto que la identificación que logran los infantes con el otro consiste en la comprensión de él como agente intencional. De hecho, Honneth (2005/2007) se apropia del término de *identificación* de Tomasello para significar con él la relación afectiva entre el infante con su persona de referencia. Sin embargo, Tomasello (2007) emplea el mismo concepto para referirse a la característica propiamente humana de ver al otro como un ser intencional. La identificación, dentro de la psicología del desarrollo, remite a un comportamiento social temprano con el que un infante percibe a un sujeto como un compañero de interacción.

Honneth (1992/1997, 2005/2007) deduce de su lectura de Hegel que la primera forma del reconocimiento, constitutiva de una vida comunitaria, consiste en la experiencia sensible de ser amado. De hecho, la ontogenia del infante necesita un vínculo afectivo con la persona de

referencia para lograr un desarrollo óptimo que permita a un sujeto ser un miembro particular dentro de una comunidad (poseer una teoría de la mente) y ser un individuo que conozca objetivamente la naturaleza (pensamiento simbólico). Sin embargo, es errado afirmar que ese vínculo afectivo carece de comprensión intencional o cognitiva debido a que es un acto intersubjetivo entre dos individuos. En este sentido, el sujeto al que el infante ama actúa como un otro social con el que interactúa desde el momento del nacimiento. La afectividad no supone un momento previo a la comprensión intencional debido a que esta última se logra muy temprano en el desarrollo, de la mano del vínculo entre el niño y la persona de referencia. De hecho, no es viable oponer la intencionalidad con la afectividad; pertenecen al mismo núcleo ontológico-social que caracteriza el infante. En cambio, sí es correcto afirmar que el núcleo intersubjetivo del cual hace parte la intencional precede ontogenéticamente el desarrollo del lenguaje articulado.

La preeminencia genética del reconocimiento existencial sobre el conocimiento ha tomado dos variaciones fundamentales en relación con la teoría propuesta por Honneth (2005/2007). La primera de ellas se enfrenta a la investigación psicológica, pues en ella se exponen datos que no oponen la cognición y la intencionalidad a la afectividad. Más bien, es plausible considerar cómo la intencionalidad precede y configura el desarrollo y el uso del lenguaje articulado (Tomasello, 2007). Bajo esta primera modificación, el reconocimiento existencial a nivel ontogenético se equipara con el término psicológico de intencionalidad que, en su proceso de desarrollo, llevará al conocimiento de los compañeros de interacción, al conocimiento de la naturaleza de forma diferenciadora y a un conocimiento que un individuo pueda alcanzar de sus estados internos, estableciéndose el lenguaje como la característica transversal de estas tres formas de conocimiento. Así pues, si la preeminencia genética del reconocimiento de Honneth muestra una preeminencia temporal y constitutiva del conocimiento, la psicología del desarrollo expone una preeminencia ontogenética y básica de la intencionalidad sobre el lenguaje. La segunda variación crucial que se ha realizado a la teoría del reconocimiento existencial, es que partir de un momento egocéntrico y solitario del niño quien por sus propios medios se desarrolla como un sujeto social, muestra fallas de principio. En relación con una teoría intersubjetiva, en el desarrollo infantil —ello porque todo comportamiento intencional del niño expresa un comportamiento social, sea dirigido hacia otra persona o hacia sí mismo (Vigotski, 1925/1997)—, se pasa a considerar la sustancial intersubjetividad del infante que, en vez de pasar de ser un ser individual a uno social, consiste en una ampliación que comienza en una relación intersubjetiva *concreta* y se desenvuelve hasta lograr una intersubjetividad *compleja*. Teniendo en cuenta estas dos modificaciones a la teoría de la preeminencia genética del reconocimiento de Honneth, se debe mostrar cómo un infante, por medio de un

reconocimiento intersubjetivo existencial logra conocer a los demás como sujetos mentales, desarrolla la consideración del mundo de forma objetivadora y diferencia en sí mismo los móviles de sus comportamientos.

A continuación se realiza un análisis del desarrollo general del infante que, en este caso, se bifurca en dos vías. La primera de ellas comprende el desarrollo de la socialización y de la individualización, procesos que, como dice Vygotski (1925/1997), se deben a un mismo mecanismo; en segundo lugar se expone el desarrollo del conocimiento objetivo del mundo. Para el análisis de ambos procesos de cambio, nos apoyaremos en la teoría vygotkiana desarrollada en *Pensamiento y Lenguaje* (1934/1982).

En relación con la preeminencia del reconocimiento en la relación con los demás y consigo mismo, y apoyándonos en Todorov (1995), el desarrollo de la socialización y de la individualización en el infante no comienza con un individuo que se vuelve a sí mismo un ser intencional, sino en un proceso de diversificación de la interacción social, que pasa de una intersubjetividad concreta a una compleja. La primera forma de interacción social se expresa desde el nacimiento, momento en el que el infante es capaz de imitar comportamientos producidos por un adulto (Meltzoff, 2002); posteriormente, el infante comienza a establecer una relación intencional, que Tomasello (2007) denomina protoconversación, entre el infante y su persona de referencia, y que en sentido estricto se caracteriza por ser un intercambio social no verbal. Luego, el infante logra triangular su relación con el otro, desarrollándose una ampliación del marco intersubjetivo de dos a tres elementos en la interacción. Con esta expansión de la intersubjetividad, el infante socialmente logra distinguir su perspectiva de un objeto de la perspectiva que tiene otro individuo sobre el mismo elemento exterior, y ello le permite al niño, como bien muestran los experimentos de Tomasello (2010), cooperar con los demás —ayudando, informando y/o compartiendo— en situaciones en las que el otro desconoce algo del objeto que el niño sabe.

El desarrollo de la teoría de la mente comienza principalmente con la distinción prelingüística por parte del infante entre lo que él sabe de algo y lo que conoce o desconoce la otra persona. De esta manera, el infante, antes de comunicarse verbalmente, es consciente de sus estados intencionales y los de los demás, —estados internos difusos que se encuentran entremezclados entre sí, y que su expresión comportamental se logra por medio de gestos motrices intersubjetivos—. Cuando el desarrollo de la teoría de la mente se potencia con el desarrollo del lenguaje, la indiferenciación de los estados intencionales del niño y su comprensión de los estados de los demás se delimita, permitiéndole al pequeño dar cuenta del estado mental que determinó su comportamiento y precisar la razón subjetiva que motivó el

acto de algún otro en cierta situación determinada. Posteriormente, el desarrollo del lenguaje verbal le posibilita a los seres humanos adolescentes y adultos aplicar con naturalidad la teoría de la mente en sus relaciones interpersonales, logrando lecturas de la mente de los demás hasta varios niveles de complejidad. La preeminencia genética del reconocimiento sobre el conocimiento remite a la identificación prelingüística que, de manera automática, los infantes logran con sus cuidadores. Las perspectivas del niño y del cuidador se encuentran entrelazadas, identificadas, hasta el momento en que el infante desarrolla la habilidad que amplía su marco de referencia y triangula su perspectiva, logrando al mismo tiempo distinguir sus estados intencionales y los del otro. La delimitación que realiza el infante de sus estados intencionales por medio del desarrollo del lenguaje, expresan un proceso de cambio en la mente y en el comportamiento del infante. Previo al lenguaje, la intencionalidad se caracteriza por estar condensada, y su manifestación comportamental es la misma: el gesto motriz cargado de sentido intersubjetivo. Cuando el infante adquiere la palabra, dicha condensación de la intencionalidad comienza a disgregarse y a definirse de acuerdo a su naturaleza cognitiva y/o afectiva.

Por otro lado, la preeminencia del reconocimiento en la relación de los infantes con los objetos, aunque se deriva del intercambio intersubjetivo temprano, tiene su propio desarrollo. Mientras que en el reconocimiento existencial con los demás y consigo mismo la triangulación es el momento inicial en el cual el infante distingue sus estados intencionales de los del otro, el trato objetivo con la naturaleza se logra cuando el infante se comporta con ella de manera simbólica, por medio del empleo del lenguaje y a través del juego. En el primer momento del desarrollo, el infante aprende en la relación intersubjetiva cómo se denomina una cosa y cuál es su funcionamiento, y la palabra que designa al objeto es considerada como parte de la cosa misma:

El niño debe aprender a distinguir entre gramática y fonética y comprender la naturaleza de la diferencia; al principio utiliza las formas verbales y los significados sin tener conciencia de su separación, para él la palabra es integrante del objeto que denomina (Vygotski, 1934/1982 168)

Aunque es un hecho que el aprendizaje de la palabra que designa un objeto proviene del encuentro intersubjetivo —por lo que Tomasello (2007) considera la lengua como un problema fundamentalmente social— en el desarrollo infantil el concepto aprendido es denotativo; es decir, presenta una conexión indisoluble entre la palabra y su referente exterior. El niño se encuentra inicialmente en una relación literal con el objeto, como si los enunciados del infante

y la realidad coincidieran. Incluso, con la adquisición de las primeras palabras dicha condición denotativa del lenguaje no se supera hasta que el infante desarrolla la habilidad de considerar la realidad de forma simbólica, ello es, social. En este momento del desarrollo, la palabra para el niño deja de designar una propiedad de la naturaleza y pasa a ser una convención, lo que le permite emplear un objeto para distintas funciones al margen de su materialidad. El reconocimiento previo en la relación con el mundo natural consiste en el primer momento del desarrollo del conocimiento de los objetos. En este periodo la realidad coincide con la palabra, lo que podría teorizarse como una ligazón entre el infante y el mundo circundante, en el que la objetividad se encuentra precedida de una relación imbricada entre sujeto y objeto. Más adelante, cuando el infante desarrolla el trato simbólico del mundo, gracias a que la palabra pierde su condición nominal y obtiene su índole semántico (Vygotski, 1934/1982), la realidad es conocida por el infante de forma objetivadora, intersubjetiva. Cuando el niño juega y emplea un objeto cualquiera para una función distinta a la naturalmente asignada, se evidencia la primera forma del pensamiento simbólico característico del quehacer científico.

Conclusión

En general, Honneth ha retornado a los pensadores que inauguraron la escuela de Frankfurt, especialmente para desarrollar una teoría que enfatice en el material precientífico capaz de incluir dentro de la misma sociedad un potencial emancipatorio de las formas de la dominación social. Por medio del concepto de reconocimiento, Honneth se distancia de la teoría de la acción comunicativa de Habermas (1981/1992; 1981/1999), al considerar que no es en las condiciones lingüísticas o en las reglas formales de una pragmática universal donde se encuentra el potencial normativo de la interacción social, sino en una base previa de reconocimiento. Diferenciándose de la teoría lingüística, la teoría del reconocimiento introduce un giro en el paradigma comunicativo: se trata ahora de enfatizar en “(...) las condiciones previas intersubjetivas del desarrollo de la identidad humana en general” (Honneth, 2009b, p. 266). Incluso, el proyecto honnetiano se inclina a soportar el desarrollo de la interacción lingüística entre los miembros de una comunidad a partir de una relación intersubjetiva de reconocimiento. Además, amplía los umbrales del desarrollo intersubjetivo de los individuos y de las sociedades al considerar cómo el acceso cognitivo al mundo natural se encuentra precedido de una forma de reconocimiento social.

Las distinciones sistemáticas que ha logrado Honneth en relación con Habermas por medio del concepto de reconocimiento, se relacionan estrechamente con los análisis históricos de las luchas sociales y con el desarrollo ontogenético inicial de los seres humanos. Sin embargo, la disciplina psicológica interesada en estudiar el desarrollo infantil de la socialización, de la

individualización y del conocimiento, precisa aquello que Honneth llamó, bajo la lectura de Basaure (2011), reconocimiento existencial. Basaure enfatiza que el énfasis que Honneth asienta en la preeminencia del reconocimiento existencial sobre el conocimiento busca amparar el desarrollo de la racionalidad lingüística en alguna forma precognitiva o afectiva de interacción social, en otras palabras, una preeminencia del reconocimiento frente a la acción comunicativa. La dificultad que la psicología dilucida en esta distinción categorial está en la equiparación realizada por Honneth (2005/2007) entre la acción comunicativa y la actitud intencional, bajo el concepto de perspectiva participativa. La intencionalidad se encuentra tempranamente en la infancia y antecede la adquisición del lenguaje. En los seres humanos, la intencionalidad expresa un núcleo cognitivo-social que se encuentra en las formas iniciales del comportamiento, y en ella se incluyen variables cognitivas y emocionales sin que primen unas sobre las otras. La teoría del reconocimiento, de esta forma, puede mantenerse como complejo sistemático que explique el desarrollo de la socialización, del conocimiento de sí mismo y del conocimiento objetivo de la naturaleza, siempre y cuando considere que la intencionalidad y el inmanente comportamiento social de los infantes es la forma preeminente a la acción lingüística por medio de la que los sujetos interactúan dentro de las sociedades democráticas modernas.

Referencias

- Basaure, M. (2011). Reificación y crítica de las patologías sociales en el marco del proyecto de teoría crítica de Axel Honneth. *Enrahonar*, 46, 75-91.
- Bjorklund, D. F. y Harnishfeger, K. K. (1995). The role of inhibition mechanisms in the evolutions of human cognition. In F.N. Dempster y C.J. Brainerd (Eds.), *New perspectives on interference and inhibition in cognition* (pp. 141–173). New York: Academic Press.
- Bjorklund, D. y Kipp, K. (2002). Social Cognition. Inhibition, and Theory of Mind: The Evolution of Human Intelligence. En R. Sternberg y J. Kaufman. (Eds.), *The Evolution of Intelligence* (pp. 27-54). London: LEA.
- Brockman, J. (2000). *La tercera cultura. Más allá de la revolución científica* (2 Edición). España: Tusquets Editores.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Buttelmann, D., Carpenter, M. y Tomasello, M. (2009). Eighteen-month-old infants show false belief understanding in an active helping paradigm. *Cognition*, 112, 337-342.
- Call, J. y Tomasello, M. (2008). Does the chimpanzee have a theory of mind? 30 years later. *Trends in Cognitive Sciences*, 12(5), 187-192.
- Carpenter, M., Akhtar, N. y Tomasello, M. (1998). Fourteen- through 18-month-old infants differentially imitate intentional and accidental actions. *Infant behavior & development* 21(2), 315-330.
- Chaves, L. (2011). La inteligencia social y sus implicaciones en la evolución de la mente. *Revista de Psicología*, 3(1), 73-86.
- Dennett, D. (1978). Beliefs about Beliefs. *Behavioral and brain sciences*, 1(4), 568-570.
- Fraser, N. (1997). *Iustitia Interrupta Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Giusti, M. (2007). Autonomía y reconocimiento. *Ideas y valores*, 133, 39-56.
- Habermas, J. (1981/1992). *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*. España: Taurus.
- Habermas, J. (1981/1999). *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. España: Taurus.
- Hamlin, J., Wynn, K. y Bloom, P. (2007). Social evaluation by preverbal infants. *Nature*, 450, 557-559.
- Hegel, G. H. (2002), *System der Sittlichkeit. Kritik des Fichteschen Naturrechts*, Hamburg: Meiner.

- Hernández-Blasi, C., Bering, J. y Bjorklund, D. (2003). Psicología Evolucionista del Desarrollo: contemplando la ontogénesis humana desde los ojos del evolucionismo. *Infancia y Aprendizaje*, 26(3), 267-285.
- Hobbes, T. (2011). *Leviatán. O la materia, forma o poder de un Estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza.
- Honneth, A. (1992/1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica Grijalbo Mondadori.
- Honneth, A. (2005/2007). *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*. Buenos Aires: Katz
- Honneth, A. (2009a). Desarrollo moral y lucha social. Enseñanzas de filosofía moral de la obra temprana de Hegel. En A. Honneth. *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea* (pp. 197-224). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Honneth, A. (2009b). La dinámica social del desprecio. Para determinar la posición de una teoría crítica de la sociedad. En A. Honneth. *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea* (pp. 249-274). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Humphrey, N. (1976/1987). La función social del intelecto. En N. Humphrey (autor). *La reconquista de la conciencia. Desarrollo de la mente humana* (pp. 22 – 33). México: FCE.
- Humphrey, N. (1977/1987). Los psicólogos de la naturaleza. En N. Humphrey (autor). *La reconquista de la conciencia. Desarrollo de la mente humana* (pp. 34 – 43). México: FCE.
- Humphrey, N. (1983/1987a). Introducción: el homo psychologicus. En N. Humphrey (autor). *La reconquista de la conciencia. Desarrollo de la mente humana* (pp. 13 – 21). México: FCE.
- Humphrey, N. (1983/1987b). *La reconquista de la conciencia. Desarrollo de la mente humana*. México: FCE.
- Humphrey, N. (1992/1995). *Una historia de la mente. La evolución y el nacimiento de la conciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Humphrey, N. (1995/2000). El momento denso. En J. Brockman (Ed.). *La tercera cultura. Más allá de la revolución científica* (pp. 186-195). España: Tusquets Editores.
- Kaulino, A. (2014). Historia Crítica y Teoría Social: La Teoría del Reconocimiento de Axel Honneth Como Enfoque Teórico Para una Historia Crítica de la Psicología. *Psykhē*, 24(1). DOI: <http://dx.doi.org/10.7764/psykhe.24.1.655>
- Liszkowski, U., Carpenter, M. y Tomasello, M. (2008). Twelve-month-olds communicate helpfully and appropriately for knowledgeable and ignorant partners. *Cognition*, 108, 732-739.
- Meltzoff, A. (2002). Imitation as a Mechanism of Social Cognition: Origins of Empathy, Theory of Mind, and the Representation of Action. En U. Goswami (ed.). *Blackwell Handbook of Childhood cognitive development* (pp. 6-25). Oxford: Blackwell

- Mondragón-Ceballos, R. (2002). La inteligencia maquiavélica de los primates y la evolución del cerebro social. *Salud Mental*, 25(5), 29-39.
- Núñez, M. y Rivière, A. (1994). Engaño, intenciones y creencias en el desarrollo y evolución de una psicología natural. *Estudios de Psicología*, 52, 83-128.
- Pereira, G. (2010). Reconocimiento y criterios normativos. Entrevista a Axel Honneth. *Andamios*, 7(13), 323-334.
- Premack, D. y Woodruff, G. (1978). Does the chimpanzee have a theory of mind? *Behavioral and brain sciences*, 1(4), 515-526.
- Rendón C. (2010). *La lucha por el reconocimiento en Hegel: génesis y significado*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Rivière, A. (1991). *Objetos con mente*. Madrid: Alianza.
- Taylor, S. (2009). *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tomasello, M. (2007). *Los orígenes culturales de la cognición humana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Tomasello, M. (2010). *¿Por qué cooperamos?* Buenos Aires: Katz.
- Todorov, T. (1995). *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Madrid: Taurus.
- Vygotsky, L. (1925/1997). La conciencia como problema de la psicología del comportamiento (pp. 23 – 60). Vol. 1. Obras escogidas. Visor: Madrid.
- Vygotsky, L. (1931/1995). Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores. (pp. 11 – 340) Vol. 3. Obras Escogidas. Visor: Madrid.
- Vygotski, L. (1932/1982). Pensamiento y Lenguaje. (pp. 9 – 348). Vol. 2. Obras Escogidas. Visor: Madrid.

Notas de autor

Manuel Vélez, miembro del Grupo de Investigación en Psicología Cognitiva, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Psicología, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

La correspondencia relativa a este artículo debe ser dirigida a Manuel Vélez, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Psicología, Universidad de Antioquia, Calle 67 No 53 – 108, Bloque 9, Oficina 211, Medellín, Colombia. E-mail: cognitivainformacion@yahoo.com

Notas al pie de página

1. Honneth (1997) explicita cómo, en la *Fenomenología del Espíritu*, la lucha por el reconocimiento ha mermado considerablemente su potencia explicativa debido a que Hegel cambia de una explicación intersubjetiva fuerte del desarrollo de la organización social hacia una explicación idealista del desarrollo de la conciencia. Por el contrario, Giusti (2007) extiende el reconocimiento hacia la filosofía de Hegel posterior al periodo de Jena, mostrando su relación fundamental con la teoría del espíritu. Así pues, el valor del complejo conceptual “lucha por el reconocimiento” para el sistema hegeliano amerita de trabajos exegéticos, bien para limitarlo a los proyectos de sistema intersubjetivos o bien para expandirlo hasta la filosofía de la conciencia.
2. La influencia que Humphrey atribuye a la presión social selectiva sobre la cognición no se asemeja en ningún sentido a una postura construccionista, cuya premisa central supone que la realidad produce las capacidades de la mente humana. Lo que de hecho propone Humphrey es un proceso histórico-natural de adaptación por medio del cual algunas capacidades de la mente humana, similares a las de otros primates, están configuradas de una forma específica de acuerdo al ambiente en el que deben sobrevivir; en otras palabras, los primates poseen parecidas facultades cerebrales; pero sus mentes se encuentran ajustadas a la realidad que necesitan conocer, esto quiere decir que las mentes de los distintos primates delimitan y guían tales capacidades en relación con los contenidos propios de su nicho ecológico.
3. Por ejemplo Call y Tomasello (2008) y Dennett (1978), dedican un artículo a reconsiderar la investigación de Premack y Woodruff; Bjorklund y Kipp Harnishfeger (1995, 2002) y Tomasello (2007), aún afirman la tesis que propuso Humphrey en su seminal ensayo designado como “La función social del intelecto” (1977/1987, pp. 22-33), en el que la actual cognición humana, en general, se debe a la vida del hombre en sociedad. Sobre la importancia de Humphrey, véase Brockman (2000).